



KENZABURO
OÉ

**SALTO
MORTAL**

Un profesor divorciado de mediana edad regresa a Tokio, tras pasar quince años impartiendo clases en una universidad americana, para ser sometido a una arriesgada operación. El recuerdo de un antiguo alumno le obsesiona y decide dar con él. Cuál será su sorpresa al encontrar al niño convertido en un muchacho que trabaja para la facción radical de una secta religiosa, un peligroso movimiento que predica el fin inminente de la humanidad.

En *Salto mortal*, la primera novela que publica Kenzaburo Oé desde que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1994, el autor se desvía de la narración autobiográfica para adentrarse en una magnífica historia sobre la fe, el carisma de los líderes y los riesgos del fanatismo en la que analiza, con meticulosa sagacidad, la moderna sociedad japonesa. Multitud de escenas se entretajan con naturalidad en una trama que el autor maneja hábilmente, dosificando las sorpresas y las revelaciones, para mantener el suspense hasta la última página.

Salto mortal es un logro asombroso que confirma a Kenzaburo Oé como uno de los narradores más importantes de la actualidad. Su obra ha encontrado siempre una unánime acogida: «Oé no nos ahorra nunca ni un instante de reflexión sobre la cruda realidad», Enrique Vila-Matas; «sus obras representan una de las exploraciones morales más impresionantes de la novela contemporánea», *The Observer*; «es un legítimo heredero de Dostoievski», Henry Miller.

A Tooru Takemitsu^[],
en la eternidad*

PRÓLOGO

PRECIOSOS OJOS EN UN ROSTRO PERRUNO

Llegaba allí una pequeña persona: cierto hombre, al parecer empequeñecido a escala, con un desarrollo muscular por encima de lo normal. Proyectando el pecho hacia delante, avanza en la penumbra, sosteniendo algo con sus brazos extendidos: se trata de una estructura provista de dos alas, ensambladas entre sí a modo de bumerán. En el camino abierto ante él se han izado unas cortinas que cuelgan apretadamente, y más allá se erige un escenario destellante de luces. Cuando el hombrecito se disponía a pasar –encogiendo su estatura– junto a un cuadro de interruptores que sobresalía hacia el pasillo, una chica vestida de bailarina, al cruzar a toda prisa desde detrás de la zona de conmutadores, se vio embestida por la punta de una de aquellas alas, bajo su tutú.

En tal situación, el hombrecito y la niña bailarina se quedaron petrificados. La chica, inclinada como estaba hacia delante, trató de cargar el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha; en tanto que la pierna izquierda, levantada ampliamente, la mantenía indefensa en el aire, logrando guardar así de algún modo el equilibrio. Como muestra de su indignación por verse forzada a esa postura tan irremediable, ella se quedó mirando a su compañero en el encuentro. Su carita se arreboló como un damasco al sol. Pero quien le devolvió la mirada no era precisamente

un hombrecito, sino alguien que ostentaba una cabeza semejante a la de un perro, empezando por su frente y su boca, y siguiendo por sus protuberantes orejas; con todo, en cuanto a su mirada, él era un chico extraordinariamente bello.

Sin embargo, el tiempo que el joven estuvo mirando a la chica no pasó de un momento. Con la idea de salvar la estructura que sostenía entre sus tensos antebrazos, intentaba levantar el objeto por encima de aquel cuadro sobresaliente de la pared, a su izquierda; y torciendo el acoplamiento de las alas, trató de mover una de ellas hacia arriba. La niña, por el contrario, con su ondeante y abultado tutú encima, trató de neutralizar aquella resistencia que se le oponía, aproximando su abdomen a la estructura. En medio de todo esto, a ella no le quedaba más remedio que mantener en alto su pierna izquierda, guardando el equilibrio sobre la otra. Por detrás de la infortunada parejita y por ambos lados del escenario, habían aparecido unos hombres vestidos de negro, que se arremolinaron en torno a ellos dos. Entonces, al joven se le iluminó su cara perruna en un chispazo de determinación. Y, acto seguido, arrojó de golpe la estructura que llevaba cogida. Cientos de piezas multicolores de plástico se desparramaron por el suelo. La chica, liberada en ese momento, salió corriendo entre sollozos hacia la fila de sus compañeras, en un extremo del escenario, mientras oprimía con las manos su tutú acampanado.

El joven, por su parte, imprimió un movimiento enérgico a sus hombros —estrechos pero fuertes—, y desde su posición más baja empujó por el costado a algunos de los hombres de negro. Como si se tratara de un pequeño ejemplar de persona que hubiese realizado una gran hazaña, se alejó luego andando calmadamente hacia el fondo oscuro del pasillo que se extendía tras el escenario. Sus andares eran majestuosos, sin permitir siquiera a los hombres de negro que le gritaran para controlarlo. Aun-

que las componentes del equipo de danza trataron de consolar a la niña, que se había incorporado tarde a la fila, esto lo hicieron meramente de labios afuera, pues estaba cada una de ellas absorta en cuidar su propia indumentaria, y por lo demás este día habían perdido ya su gran oportunidad de salir a escena. Aquel joven, que estaba predestinado a recibir un gran premio en la ceremonia de entrega de los mismos, al hacer pedazos su construcción, había dado al traste también con la ocasión y el sentido de aparecer sobre el escenario. Y sin más se quitó de en medio.

Acaso esa circunstancia de destruir él mismo, hacía nada, el modelo de ciudad que le había llevado un año construir..., a ese chico que en ocasiones salía escapado del centro de Tokio, ¿no le proporcionaría una conciencia de rebeldía, sugiriéndole que había dejado de ser un niño? Y esto, al hacerle entender que él había confeccionado su obra precisamente para destruirla de esa manera. E incluso esta gran capital igualmente podría ser destruida, con tal de que alguien se lo propusiera. Pero ¿con qué fin? ¡Quién sabe! No obstante, para explicarse uno el sentido de ello, o bien para inventarse una respuesta, aún quedaba por delante mucho tiempo que vivir.

Aunque no se lo formulara con estas palabras, aquel chico de cara perruna que se salía de los cánones de fealdad y belleza, ¿no estaría convencido de esto en lo más íntimo de su cuerpo, aún por desarrollar?

El suceso tuvo lugar en la sede de una exposición, durante la final de un certamen de convocatoria pública –patrocinado conjuntamente por una compañía americana de material didáctico y una compañía japonesa de importación en el ramo de la papelería–, cuya finalidad era promover la creación de paisajes del futuro a base de piezas de plástico.

Kizu formaba parte del jurado del concurso, y después del incidente recordaría muchas veces a aquel joven que

se excluyó por sí mismo de entre los candidatos al premio. Y en especial, tampoco pudo olvidar que, cuando él puso sus ojos en aquel joven –en dicho certamen público–, no se le vino a la mente como un niño, sino bajo el concepto de «hombrecito». En relación con esto, volvían a evocársele luego la expresión y ademanes puntuales de aquel ser tan poco agraciado, al que resultaba difícil mirar de frente, pero dotado de una belleza tal que encogía el corazón; pues en su interior albergaba una clara energía vital. Kizu formuló el deseo de poder contemplar, paso a paso, los estadios de crecimiento y el destino de aquel chico –a quien recordaba como dotado de un extraño atractivo– a través de su adolescencia y juventud. Como pintor que era Kizu, se le había convertido en un hábito profesional de por vida observar a través del tiempo cada detalle de cuanto atrajera su atención. «Antes de lo que se piensa, se me brindará la oportunidad», le sugirió una corazonada; pero al mismo tiempo sintió que: «Esa oportunidad no me llegará nunca». Cuando en realidad había tenido al joven ante sus propios ojos, aquello le pareció también como estar en pleno sueño.

En relación con lo anterior, el otoño en Japón de aquel año había dejado una profunda huella en la vida de Kizu. Siendo ya un treintañero veterano, su máximo logro había sido figurar entre los candidatos finalistas al premio Yasui; pero con la ayuda de algunos premios conseguidos, se llegó a hablar del «estilo Kizu», equiparándolo al de ciertos pintores que visitan los museos europeos con la misión de reproducir las obras en ellos expuestas, así como también se le comparó acto seguido con la tendencia del arte urbano en América. A consecuencia de todo ello, se le recomendó en algunos círculos artísticos, por donde se le concedió la oportunidad de disfrutar de una beca Fulbright en cierta universidad de la costa Este de Estados Unidos, bien conocida en los círculos docentes de Bellas Artes. Esta circunstancia, como comúnmente ocurre en el

caso de artistas plásticos japoneses, parecía destinada a convertirse en un mero trámite. Pero tratándose de Kizu, tan interesado en la metodología de la docencia artística, y con un talante natural tan volcado en cualquier tema de su interés, derivó en su decisión de matricularse como alumno de doctorado para continuar sus estudios. Invertió en ello cinco años, durante los cuales se divorció de su mujer, que había dejado en Japón. Luego, y tomando como punto y final redondo el hecho de tener su título en mano, Kizu dio por concluida su estancia en América, y se volvió a Japón.

La participación de Kizu en el jurado del concurso de maquetas de plástico se debía a que el presidente de dicho jurado, que había sido delegado por la oficina central de América, era una persona que siempre le había ayudado, tanto al prolongar Kizu su estancia de becario en América como después, por lo que él le estaba muy agradecido. A todo esto, en el certamen infantil ya referido, la obra creada por aquel joven llamó desde luego la atención por su originalidad, pero lo que más impacto había causado en Kizu era la luz que irradiaba de la figura del joven y de sus ademanes, o –mejor se diría– de todo su ser. Lo que a Kizu más le dolía era que a él mismo le faltaba aquel aura original que poseía el joven. Pero aún había más: según había venido advirtiendo desde su estancia en América, Kizu acusaba la sensación de que su estilo abocaba a un estancamiento, lo cual iba aflorando a la superficie como prueba de que carecía de una base firme en que apoyarse como artista.

Dio la casualidad de que un profesor adjunto que trabajaba en el mismo departamento de Kizu no pudo obtener la continuidad en su cargo ni conseguir una plaza fija, por lo que tuvo que trasladarse a otra universidad; entonces el tutor de Kizu invitó a éste a suceder en el cargo al anterior. Como Kizu se había planteado rotundamente que no volvería a hacer carrera como pintor en su país na-

tal –y a esa decisión se había visto forzado, sin duda, a raíz del incidente del «hombrecito»–, aceptó la invitación de su tutor, y volvió a América para establecerse allí. A partir de entonces, y por un período de quince años, Kizu residió en la costa Este, desempeñando sin problemas su cargo docente. Durante su vida académica, había ya tenido ocasión de beneficiarse de varios descansos sabáticos; y cuando de nuevo le llegó el turno, en este caso y por primera vez eligió regresar a Japón. Existía para ello una razón apremiante. Cuatro años atrás, Kizu se había operado de un cáncer de colon. Las pruebas e intervenciones a que tuvo que someterse tras aparecer las primeras sospechas fueron trances insoportables. Y además su hermano mayor, operado ya de la misma enfermedad, dos años antes había sufrido una metástasis que le afectó al hígado, por lo que tuvo que pasar por sucesivas operaciones, muy dolorosas, y falleció al fin. Por eso Kizu, aunque su estado general no era satisfactorio, rehusó someterse a más pruebas.

En otoño del año anterior, cuando el departamento que dirigía en la universidad celebraba una cena, un famoso especialista en Oncología, allí presente, le dijo que a primera vista lo notaba flojo de salud, y le recomendó hacerse unos análisis. Kizu echó mano de la conciencia resignada que había venido alimentando en sí mismo secretamente, y aceptó que el oncólogo le escribiera una carta de presentación dirigida a un discípulo suyo, que ejercía la profesión en Tokio. Con esas premisas, nada más comenzar su año sabático, Kizu se dirigió a Tokio. A pesar de todo, por más dolencias que el cáncer le trajera, él no se encontraba en absoluto animado a ser otra vez objeto de dolorosas pruebas u operaciones.

Antes de su partida, un especialista en Literatura Japonesa que había llegado al Departamento de Asia Oriental para investigar temas de su especialidad –por los datos

de su tarjeta, era Catedrático de la Universidad de Tokio—, le dijo:

—Con que tenemos aquí a Rokubu, el monje budista peregrino, que vuelve a su tierra patria, ¿verdad?

No parecía ser un comentario muy considerado; y Kizu lo encajó como una broma pesada. Para él la realidad presente era algo mucho más serio.

En medio de todo, y aunque por lo general su estancia en Tokio se debería a motivos de índole negativa, aun así pudo él imaginar una finalidad positiva. Y era que albergaba el presentimiento de que aún podía volver a ver a aquel joven con quien se había encontrado por azar quince años atrás, nada menos; aquel chico tan feo como para no poder mirarlo fijamente, pero dotado de tanta belleza —que por cierto en un instante le había mostrado— como para estremecer el corazón de cualquiera. A Kizu le gustaría ver cómo se había desarrollado su vida desde entonces. Hacía ya quince años, él mismo había abrigado el presentimiento —por una dialéctica afín a la de los sueños— de que su deseo no llevaba camino de realizarse, pero —al mismo tiempo— de que con toda certeza se realizaría.

A poco de establecerse en un apartamento de Akasaka, propiedad de la universidad, Kizu se valió de la confianza que le inspiró un periodista, que fue a entrevistarle sobre la situación de las enseñanzas de Bellas Artes en América, para pedirle que le buscara artículos de prensa relativos a lo ocurrido aquel lejano día; cosa que consiguió del periodista. Sin embargo, el artículo dedicado a la ceremonia final del concurso de maquetas construidas con piezas de plástico —tema tan de moda en América como en esta otra costa del Océano Pacífico— era sumamente escueto, aunque la editora del periódico del reportero especializado en Arte había sido una de las entidades patrocinadoras del acto. Allí no aparecía el nombre del chico que, en el día de la adjudicación del premio, cuando llevaba al escenario la construcción hecha por él mismo para

recibir el último veredicto, destruyó su propia creación un momento antes. Sólo que un artículo que salió en un recuadro del mismo periódico relataba aquel incidente que interesaba a Kizu, resaltando el comportamiento desinteresado del joven, así como la bravura de la chica, que aguantó el dolor afanándose por salvar aquella obra artesana de la destrucción.

Así las cosas, Kizu llamó de nuevo por teléfono al periodista; y éste le puso en contacto con el autor del artículo del recuadro. Aquel articulista, ya veterano, se había convertido en un ejecutivo; por supuesto, le había interesado el incidente protagonizado por el joven, y cuatro o cinco años atrás –por lo que le explicó– había tratado de escribir un artículo de seguimiento del caso. No obstante, no había podido realizarse un encuentro con su protagonista, ya todo un adulto.

Al tiempo de realizarse el concurso, el joven tenía diez años, y era alumno de una Escuela de Grado Elemental. Luego pasó sucesivamente por los centros de Grado Medio y Superior de la misma institución privada, para ingresar más tarde en el primer ciclo de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Tokio. Luego, hasta el momento de promocionarse ingresando en la Facultad de Arquitectura, su nombre aparecía en los catálogos de antiguos alumnos de la Escuela de Grado Superior. Pero en el siguiente catálogo publicado, al no haber él respondido a la encuesta, su dirección actual se daba como desconocida. Tras hacer indagaciones en la universidad, se averiguó que había dejado voluntariamente los estudios. En mucho tiempo no había tenido contacto ni siquiera con sus padres; y aun en el supuesto de que se encontrara bien de salud, era de suponer que llevaba una vida errática.

Pero, por otra parte, el periodista declaró que, tratándose de la joven, sí sabía cómo contactar con ella, ya convertida en persona adulta. Antes de escribir aquel primer artículo del recuadro, naturalmente intentó entrevistar al

joven, pero, ya fuera porque éste se negó, o bien porque tampoco la familia se mostró a favor, su propuesta fue rechazada. En tal situación, escribió el artículo basándose en las palabras de la joven. Al periodista, incluso, le había llegado una tarjeta de felicitación de Año Nuevo enviada por la madre de ella –que, al presente, residía en Hokkaido–. Todo esto era cosa de unos años atrás; pero allí se decía que la hija se había marchado a Tokio, llevada por su deseo de convertirse en bailarina profesional, y que, como se hacía constar su lugar de residencia en Tokio y demás detalles, era posible localizarla.

Kizu vio como muy lógico el hecho de que el chico, con aquel espléndido sentido que tenía de las tras dimensiones, hubiera elegido la carrera de Arquitectura. La maqueta de plástico que el joven portaba mientras avanzaba, y que Kizu pudo ver un momento antes de que un ala se incrustara en la entrepierna de la chica –una construcción en forma global de bumerán, con dos alas ensambladas–, él la consideró entonces como el diseño de una estación espacial, según podía recordar.

Igualmente, Kizu creía entender bien cómo un joven dotado con aquellos rasgos, ya hecho adulto, llevara esa vida libre tras dejar la universidad. ¿No era esa acaso la juventud apropiada para un muchacho que ostentaba una terrorífica cara perruna, y al mismo tiempo unos preciosos ojos, desbordantes de sentimiento? Sin duda poseía ese talante, como para destruir a sus pies, de golpe, aquella construcción que apenas podía él sostener con sus propios brazos, y que le habría llevado un año entero hacer; tiempo que él mismo, a sus diez años aproximados de entonces, habría sentido como infinitamente largo.

Resultaba imposible seguir la pista del chico e informarse sobre su paradero, toda vez que él hacía su vida al margen de su familia, con la que había cortado. No obstante, Kizu no abandonaba su visión optimista de que du-

rante esta especial estancia suya en Tokio podría muy bien toparse con él por mera casualidad.

Otra persona que no había olvidado el encuentro de aquel día con el joven era la chica que se había visto suspendida en el espacio por la construcción en forma de bumerán. Ella tenía un motivo más que claro para continuar recordándolo, a saber: porque la punta del ala de plástico portada por el joven con ambos brazos la había despojado de su virginidad. Ella tuvo ocasión de averiguarlo por propia experiencia. Fue durante su segundo año en la Escuela de Grado Superior, en la ciudad de Ashikawa, adonde su padre había sido trasladado; allí, con ocasión de mantener relaciones íntimas con su profesor de Educación Física —que amablemente le enseñaba también danza—, el acto sexual se desarrolló con inesperada suavidad, hasta el punto de que el profesor tomó esto a mal, interpretando que ella habría tenido ya muchos contactos por el estilo; pero eso mismo a la vez le devolvió cierta calma. Ella no le dijo nada al profesor, pero no pudo menos que acordarse de aquella ceremonia de los premios, en la que le habían segado su más íntima flor. Por aquel entonces, ya una vez de vuelta en casa, pudo sacarse del interior de los pantys una pieza de plástico amarillo del tamaño de un dedo pulgar, con sangre reseca incrustada.

La joven advirtió asimismo que la valoración dada por el articulista del recuadro al proceder del joven —al comentarlo como una anécdota artificialmente bella, en la que el joven habría sacrificado su propia creación por salvar del trance a la desventurada niña— se apartaba enteramente de la realidad. Se decía allí que cuando el joven se disponía a subir al escenario, llevando su obra —ya altamente considerada en su fase de candidatura— para presentarla a la deliberación final, él había adoptado una audaz decisión por tal de salvar a la joven —la cual había quedado enganchada en aquella obra— del dolor y de la vergüenza. Sin embargo, la joven era consciente de que, ves-

tida como estaba para la actuación, todo se resolvería si alguien le levantaba la falda enrollándola, le bajaba la ropa interior, y le arrancaba aquella ala de plástico que de tan imprudente manera se le había deslizado allá dentro. Por más que hubiera gente alrededor mirando, ella no se habría sentido avergonzada. Igualmente se dio cuenta de que, aun siendo dolorosa la intrusión del pico del ala en sus partes íntimas, la incomodidad de la postura que estaba ella aguantando la defendía de sentir más agudamente el dolor, pues podía hincársele el filo de aquel pico; y esto la alentaba a perseverar en dicha postura.

En un instante le sobrevino un dolor violento y agudo, que no tenía nada que ver con el sufrido hasta el momento. Fue cuando el muchacho, haciendo acopio de sus fuerzas, arrojó su obra al suelo, como dejándose llevar por la inercia del mismo movimiento. Se trataba en realidad de un ataque. La niña supo que era un ataque intencional que aquel joven con cara de perro, pero con unos preciosos ojos capaces de estremecer el pecho de cualquiera, dirigía contra sí mismo. Asustada por tanto salvajismo y crueldad, no pudo contener el llanto.

De esta manera, tres personas, que en aquella fecha vieron entremezclarse levemente sus vidas, estaban predestinadas a encontrarse quince años más tarde. La historia que entonces empezó constituye el hilo narrativo de estos hechos; y por lo que respecta al relato transcurrido hasta este punto, la voz que en él se ha oído ha sido la de Kizu, como sin duda habrá quedado patente al atento lector. Pues la visión que captó la figura del joven como la de un hombrecito, con la musculatura de un hombre corpulento reducida a escala, no podía deberse más que a los ojos de un artista, hechos de por vida a la observación.

CAPÍTULO 1

CIENT AÑOS

1

Cierto joven, llamado Ogi, recibió de sus nuevos compañeros, a poco de conocerlos, el sobrenombre de «el inocente muchacho»; pero esto no le hizo sentirse especialmente incómodo. Pues aunque estemos hablando de «compañeros», si únicamente hacemos la salvedad de una joven, los dos hombres estaban próximos a la edad de su propio padre. Y no tardó Ogi en convencerse de que la chica en cuestión no tenía nada de inocente en comparación con él mismo. Los dos hombres algo mayores que se contaban entre esos compañeros recibían las denominaciones respectivas de «Patrón» y «Guiador». El joven Ogi contaba entre sus recuerdos que, hacía ya diez años, leyó al azar tales nombres en un periódico, como personajes claves de cierto «incidente». En resumidas cuentas, siendo ellos los protagonistas del «incidente» –que desde la perspectiva de Ogi era un hecho perteneciente a un pasado ya bastante remoto–, se podían considerar aún ambos en la flor de la vida. Así y todo, en los medios de comunicación del momento ya se los describía como personas que han dejado atrás la juventud.

Puestos a explicar, aprovechando la ocasión, los extravagantes apelativos de esos dos, digamos que al protagonizar el incidente cortaron los lazos de relación con el gru-